El profesional de la información ante la verdad y la falsedad informativas

Héctor Guillermo Alfaro López

Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información
Universidad Nacional Autónoma de México

Las buenas mentiras siempre se construyen con los materiales de la verdad, tienen que parecer verosímiles.
Pascal Bruckner

Entendemos por conciencia histórica el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones.
Hans-Georg Gadamer

¿Qué hay mejor que la lengua? La lengua es lo que une a todos cuando hablamos. Sin la lengua, nada podríamos expresar. La lengua es la clave de las ciencias, el órgano de la verdad y la razón. Gracias a la lengua, se construyen las ciudades; gracias a la lengua, decimos nuestro amor. Con la lengua se enseña, se persuade, se instruye, se reza, se explica se canta, se describe, se demuestra, se afirma. Con la lengua dices

"madre", "querida" y "Dios". Con la lengua, decimos "sí". La lengua desgrana los versos de Homero. La lengua crea el mundo de Esquilo, la palabra de Demóstenes. Toda Grecia, Xantos, desde las columnas del Partenón a las estatuas Fidias, de los dioses del Olimpo a la gloria sobre Troya, desde la oda del poeta a las enseñanzas del filósofo, toda Grecia fue hecha con la lengua, la lengua, la lengua de los griegos bellos y claros, hablando para la eternidad.

La lengua, señor, es lo peor que hay en el mundo. Es la fuente de todas las intrigas, el principio de todos los procesos, la madre de todas las discusiones. Usan la lengua los malos poetas que nos fatigan en la plaza; usan la lengua los filósofos que no saben pensar. La lengua miente, esconde, tergiversa, blasfemia, insulta, se acobarda, mendiga, impreca, babosea, destruye, calumnia, vende, seduce, delata, corrompe. Con la lengua decimos "muerte" y "canalla", y "plebe". Con la lengua decimos "no". Aquiles expresó su cólera con la lengua; con la lengua tramaba Ulises sus ardides. Grecia va agitar con la lengua los pobres cerebros humanos para toda la eternidad. ¡Ahí tienes, Xantos, por qué la lengua es la peor de todas las cosas! (Figuereido 1955, 25-31).

Estos largos y expresivos parlamentos están extraídos de la hermosa obra teatral *La zorra y las uvas*, del dramaturgo brasileño Guilherme Figuereido. El personaje que emite esas antitéticas palabras es el mítico fabulista griego Esopo. Ambos discursos nos remiten al tema que aquí nos convoca: la verdad y la falsedad en el terreno de la información. Desglosemos, pues, las palabras de Esopo que nos servirán como guía para dirimir en primer término la cuestión de la verdad y la falsedad informativas.

El primer discurso es una apología de la verdad; el segundo es la antítesis del primero y pone de manifiesto que la falsedad es la contracara de la verdad. Lo que nos dice Esopo

es que la verdad y la falsead caminan juntas y son consustanciales a la naturaleza humana, lo que, por otra parte, nos remite a aquellas instancias que hacen posible la gestación, el desenvolvimiento, la relación y la recepción de la verdad y la falsedad informativas. En primera instancia, requiere un emisor que hace uso de la lengua para transmitir una información, la cual en su desenvolvimiento se encuentra transida por una intencionalidad: decir la verdad; falsear la información, o, en última instancia, oscilar entre la verdad y falsedad informativas.

Este desenvolvimiento de la información en el que interactúan verdad y falsedad está, por necesidad, destinado a un receptor; de hecho, asumen su plena realización en el proceso comunicacional social donde, incluso, mentir (falsear) adquiere (no tan insólitamente como pudiera moralmente creerse) visos de gozo lúdico al engañar al otro, con lo que se le pone a merced del falseador.

Ahora bien, al dirimir estos elementos, que están implícitos en los discursos de Esopo, nos conducen a explicitar la posición del propio fabulista griego. La seductora retórica de sus discursos contrapuestos no puede soslayar el sentido crítico que los motiva. Esopo no toma partido; analiza y expone la especificidad, las cualidades inherentes a lo mejor de la lengua, que es la verdad, y lo peor de la lengua, que es la falsedad. No busca imponer en sus oyentes una postura facciosa de su parte porque confía en que de esa clara e imparcial exposición tengan el discernimiento para elegir la mejor opción, que naturalmente se recuesta del lado de la verdad. Como buen griego, cree en esta diferencia específica de la especie humana que es la racionalidad, a la cual le basta con que se le dé una información clara y estructurada (y si se puede, revestida estéticamente) para que su elección sea la correcta. Ésta es una preclara muestra del optimismo

humanista helénico; tal vez excesivo para nuestra época. En última instancia, lo que nos queda como ejemplo y guía a seguir es la lúcida postura crítica de Esopo ante la verdad y la falsedad que susurran a través de la lengua. Por otra parte, si Esopo nos mostró la línea fronteriza entre lo mejor y lo peor; es decir, entre la verdad y la falsedad de la lengua, esto nos conduce a discernir la especificidad definitoria entre ambas para poder comprender cómo actúan en la información.

Es cierto que en tiempos de Esopo era más factible poder identificar la línea fronteriza entre verdad y falsedad que en nuestra época. Esto se debe a la desmesurada expansión informativa. Lo que no cambia es la capacidad de la falsedad para engañar y mimetizarse con ciertos aspectos de la verdad hasta parecer verosímil (como lo señala el epígrafe de Pascal Bruckner), como nos lo mostró ese genio del engaño y la falsedad, Yago, el inmortal personaje creado por Shakespeare.

Esta poderosa capacidad de la falsedad para tornarse verosímil es más contundente en la actualidad, pues contamos con una inconmensurable cantidad de información disponible para cualquiera, como nunca antes lo conoció la humanidad. Esto supondría que contamos con más elementos para identificar y perseverar en la consecución de la verdad, pero el caso es que sucede lo contrario: el falseamiento de la información se amplía, al grado de que puede hablarse de una industria de la mendacidad informativa. De hecho, puede, argüirse también contra el sentido común que la dilatación de la falsedad informativa no es una simple excrecencia errática de la sociedad de la información o del conocimiento, sino un derivado coherente de ella. Comprender esto nos permitirá hacer legible la especificidad de la verdad y la falsedad, así como su significación en el contexto informativo actual.

El flujo constante, permanente e indetenible de información tiene la virtud, además de mantenernos informados, de embotarnos y obnubilarnos del horizonte de la temporalidad. El suministro torrencial de información nos ancla en el presente porque de una u otra forma nos está remitiendo al *hoy* generador de la información. Los datos informativos se sobreponen unos a otros en la conciencia de las personas, con lo que quedan fijadas al presente, en su forma extrema *hic et nunc*.

Los enlaces con el pasado quedan cegados y las puertas al futuro sólo quedan entreabiertas para proponernos una carrera desbocada hacia él sin objetivos definitorios de sentido. Dos ejemplos de ello son las imágenes fotográficas y las noticias. En la medida en que la gente tiene a su alcance dispositivos fotográficos de toda índole (y coste), entre ellos los teléfonos inteligentes, puede acribillar a la realidad para congelarla en una imagen fotográfica, la cual rápidamente es desechada u olvidada, puesto que hay que seguir tomando fotografías de todo lo que ocurre alrededor: es la fijación del presente en el que la gente queda estacionada, pero el presente es trasmutado en imagen.

De manera análoga, las noticias nos ofrecen información sobreabundante sobre acontecimientos coyunturales y sensacionales presentes, desconectados de la secuencia del pasado que les dio origen y, una vez que se desgastan, se desechan sin dejar rastros en la memoria.[1] Es el vacío

1 "La CNN nos ha demostrado que una población supuestamente despierta y educada (por ejemplo, el electorado americano) puede ser testigo de la destrucción masiva de una nación árabe como si contemplara poco más que un melodrama televisivo espectacular, que incluso contiene una simple narrativa del triunfo del bien sobre el mal, y que se borra rápidamente de la memoria pública. Aún más notable que la capacidad de los medios de permitir que una 'nación más amable y delicada' aceptara la destrucción de personas inocentes sin culpa o remordimientos, fue su capacidad de utilizar el espectáculo de

noticioso anegado en un mar informativo. Un contexto informativo de semejante índole es campo fértil para que germine frondosa la falsedad y la haga parecer verosímil.

El filósofo estadounidense Harry G. Frankfurt emprendió una estimulante reflexión muy en el espíritu del sano sentido común de su pueblo sobre la verdad y su sombra: la falsedad (aunque pudiera ser que la verdad es la sombra de la falsedad). En cuanto a la verdad, comienza por decirnos que es algo que no podemos ignorar o de ser indiferentes ante ella porque eso es fatal para nuestras vidas, con lo que queda de manifiesto su necesidad. Luego resalta su valor instrumental: las verdades captan y trasmiten la naturaleza de las realidades que nos rodean, y nos dan una descripción precisa de las propiedades de los objetos y de las situaciones que surgen a cada paso en nuestra vida cotidiana.

Hay que resaltar para nuestro enfoque que tales verdades nos brindan la información relevante de la realidad, lo que contribuye a que podamos formular y alcanzar los objetivos que nos proponemos con inteligencia.[2] Frankfurt concluye

---

esa destrucción para exorcizar y borrar toda la culpa y la memoria de una guerra espectacular previa. Tal como George Bush declaró acertadamente: 'El espectro de Vietnam ha sido enterrado para siempre en la arena del desierto de la península arábiga'. O quizá sea mejor la forma en que lo apuntó Dan Rather, yuxtaponiendo imágenes de archivo de un helicóptero despegando desde la embajada americana en Saigón, con imágenes en directo de un helicóptero aterrizando en la embajada americana en Kuwait City: 'Por supuesto', dijo Rather, 'una imagen no lo dice todo'" (Mitchell 2009, 23).

2 "Ahora bien, los hechos relevantes son los que están al margen de lo que nosotros podamos creer sobre ellos, y con independencia de lo que podamos desear que sean. Ésta es, realmente, la esencia y la naturaleza característica de la facticidad, del ser real: las propiedades de la realidad y, en consecuencia, las verdades sobre sus propiedades son lo que son, con independencia de cualquier intervención directa o inmediata de nuestra voluntad. No podemos cambiar los hechos, como tampoco podemos influir en su verdad, por el mero hecho de emitir un juicio o por un impulso del deseo. En la medida en que conocemos la verdad, estamos en situación de guiar nues-

su reflexión respecto a la verdad diciendo que la acumulación de verdades parciales que nos transmite la naturaleza de las realidades con que nos las vemos en el discurrir cotidiano de nuestra vida nos remite a la importancia que la verdad tiene para nuestro ser humanos. En cuanto a la inseparable acompañante de la verdad que es la falsedad, Frankfurt nos explica, de manera aún más interesante, que semeja un velo que nos oculta el verdadero estado de las cosas. Si la verdad nos muestra los hechos de la realidad, la falsedad interfiere para que no lo llevemos a cabo. La falsedad, una vez que nos impide el acceso a la verdad, construye un mundo imaginario sustentado en una visión ficticia de la realidad que es presentada, incluso, como si fuera una descripción exacta del mundo. Es el afán de verosimilitud cuyo desiderátum pretende alcanzar la mentira. A la víctima de la falsedad, a la par de perturbar su razón, se le expulsa del mundo de la experiencia común y queda aislada en un limbo ilusorio.[3] Con la línea divisoria y diferenciadora que dibuja Frankfurt, emulando a Esopo, entre la verdad y la

tra conducta con autoridad a partir de la naturaleza de la propia realidad. Los hechos –la verdadera naturaleza de la realidad– son el recurso último e incontrovertible de la indagación. En última instancia, dictan y apoyan una resolución y el rechazo decisivo de todas las incertidumbres y dudas" (Frankfurt 2007, 66-68).

3 "Lo peor de las mentiras es que éstas se las arreglan para interferir en (y perjudicar) nuestra tendencia natural a percatarnos del verdadero estado de las cosas. Su objetivo es impedir que nos demos cuenta de lo que está sucediendo en realidad. Al mentirnos, el mentiroso procura engañarnos para que creamos que las cosas son distintas de como son en realidad. Intenta imponernos su voluntad. Su objetivo es inducirnos a aceptar sus patrañas como si de una descripción exacta del mundo se tratase. En la medida en que lo consiga, adquiriremos una visión del mundo cuya única fuente es su imaginación, y que no se fundamenta, de manera directa y fiable, en los hechos relevantes. El mundo en que vivimos, en la medida en que nuestra concepción del mismo se asienta en la mentira, es un mundo imaginario. Puede haber lugares peores para vivir, pero este mundo imaginario no nos sirve a ninguno de nosotros como residencia permanente. Las mentiras no

falsedad queda claro que la primera nos dice cómo es el mundo en su realidad propia, insumiso a las veleidades de nuestros deseos, y el bloqueo y ocultamiento que nos hace la falsedad de los hechos del mundo, cuyo gran logro es crear un mundo ficcional que entre más verosímil es, más difumina la línea divisoria entre verdad y falsedad. Esto último es precisamente lo que más propicia un contexto saturado por el excedente informativo, lo cual en buena medida da explicación del creciente fenómeno de la falsedad informativa que actualmente ocupa la atención.

La industria de la mendacidad informativa va configurando un mundo ficcional a partir del torrente de información que día a día inunda a las sociedades. Con los mismos materiales con los que las verdades nos muestran la información relevante de la realidad, la falsedad construye su mundo imaginario y se torna verosímil. Así, con la información verdadera se entreteje la información falsa. Ahora bien, esta situación difiere del ocasional y lúdico desliz hacia la mentira; tiene más el cariz de instancia programática, al grado de que puede hablarse de los profesionales de la mendicidad informativa, cuya sistemática tarea de levantar el muro que

---

tienen otro objetivo que perjudicar nuestra percepción de la realidad. Por ello, su objetivo es, de manera muy real, enloquecernos. Si nos las creemos, nuestro intelecto está ocupado y gobernado por las ficciones, fantasías e ilusiones que el mentiroso ha urdido para nosotros. Lo que aceptamos como real es un mundo que otros no pueden ver, o tocar o experimentar de manera directa. En consecuencia, una persona que cree una mentira está obligada a vivir 'en su propio mundo', un mundo en el que los demás no pueden entrar y en el que ni siquiera el mentiroso reside de verdad. Así, la víctima de la mentira se encuentra, en función del grado de privación de verdad, expulsada del mundo de la experiencia común y aislado en un reino ilusorio en el que no hay ningún camino que los otros puedan encontrar o seguir". (Frankfurt 2007, 95-97).

nos separa de los hechos reales obedece a objetivos particulares que no sólo ocasionan confusión o desorientación entre las personas para distinguir entre verdad y falsedad. De hecho, las *fake news*, así como la inteligencia artificial que puede falsear imágenes (por ejemplo, en las que Obama enfatiza que Trump es un genio de la necedad), no son más que mediaciones y, en cuanto a modalidades informativas, síntomas de una tendencia o un mal muy profundo.

Como se explicó palabras atrás, el indetenible flujo de la información que día a día se le asesta a las personas y sociedades las deja varadas en la ínsula inestable del presente. Pero la siempre renovada información que actualiza el hoy al estar cada vez más inficionada por la falsedad, hace que las verdades que deberían informarnos sobre la naturaleza de la realidad sean veladas, con lo que el presente inicia su deriva hacia la ficción y se constituye como un presente imaginario. Las representaciones precisas de la realidad de hoy devalúan la verdad al difuminarse, al grado de que puede considerarse como prescindible, sin que con ello aparentemente afecte la vida de las personas, inmersas en un mundo ficcional. La verdad, además de darnos la información fáctica relevante de la realidad, propicia la cohesión, la interrelación y la comunicación, caracterizada por la confianza entre los individuos. La falsedad, al ocultar la realidad o presentarla ficcionalmente, genera la centrifugación de las relaciones interpersonales: la atomización social preñada de desconfianza, lo que ahonda el individualismo egoísta, puede llegar a instalarse en el corazón de la sociedad. Ahora bien, esto que describo puede parecer abstracto, inverosímil o difuso, pero adquiere consistencia y realidad cuando se le contextualiza dentro del marco del espacio público, donde la información asume densidad política y sociológica.

El concepto y el fenómeno del espacio público tienen una muy larga existencia, comenzó en el mundo antiguo con los griegos; ellos le dieron origen, lo modelaron y legaron a la civilización occidental. Para los griegos, contemporáneos de Esopo, el espacio público era el escenario en el que se manifestaban los hombres libres, donde interactuaban políticamente; por tanto, era el espacio de la racionalidad en que se ventilaban los asuntos correspondientes a la polis; es decir, a la ciudad. Su contracara era el espacio privado, correspondiente al orden de la familia, donde regía el principio de la necesidad económica y de los sentimientos. Este modelo dual de espacios entró en un largo eclipse hasta que en el mundo moderno, siglo XVII, resurgió modificado a partir de las condiciones del nuevo contexto. Este renacimiento del espacio público ha sufrido mutaciones a lo largo de la Modernidad hasta llegar a nuestros días.

El espacio público moderno, como explica Jürgen Habermas, era el bastión de la ascendente burguesía para generar y circular ideas (Habermas 1994). Era lo que se denominaba en ese entonces (en concepto kantiano) "publicidad", la exposición pública de la información a través de la cual la burguesía ventilaba sus ideas en contra del orden monárquico, por lo que a su vez estaba transido por el principio de emancipación. Era un espacio caracterizado por la racionalidad de la "acción comunicativa".

Un importante punto de contacto entre el espacio público griego y el moderno del siglo XVIII es la Ilustración, es decir, en sociedades ilustradas, en el primer caso los hombres libres; en el segundo, la burguesía. El vehículo de transmisión de esa racionalidad ilustrada y emancipadora fue la creación de las publicaciones periódicas. Con ellas tenían mayor circulación y cobertura las ideas candentes que se esgrimían en el espacio público. Para el siglo XIX, el espacio público sufrió una

mutación que dio lugar a las democracias masivas donde lo público y lo privado tiende a diluirse, lo que propicia la gestación de la "opinión pública", la cual ya no se corresponde con la opinión ilustrada del siglo anterior, ya no es la opinión formada en la razón.

La tendencia masificadora es un concepto que define a la masa fragmentada de las opiniones particulares que expresan los intereses definidos y conflictivos de los individuos y los grupos, por lo que ya no puede ser considerada la opinión pública como la representación de la voluntad general. Hay que resaltar que en esta fase del espacio público ocurre la separación entre la opinión y la razón. El corolario es el dominio de la opinión pública por los partidos políticos, asociaciones y sindicatos, así como una creciente burocratización y tecnificación. En suma, es el abandono y la manipulación de la ciudadanía, que propicia el proceso de anomia y pérdida de la identidad, así como el eclipse de lo político, con lo que queda la puerta abierta para el dominio de la técnica y la apoteosis del espíritu instrumental en la siguiente centuria.

A lo largo del siglo XX, se gestó la "sociedad de medios", en la cual el marco mediático, lo institucional y lo tecnológico presentan a un público los múltiples y cambiantes escorzos de la vida social. Lo mediático se convierte en la instancia mediatizadora de la comunicación de los individuos y de las sociedades consigo mismas. El espacio público se constituye como la instancia en la cual la sociedad se ofrece a sí misma como espectáculo: lo que antes era íntimo y privado, ahora se entrega a la escenificación pública.[4]

4 "Ahora bien, hoy se manifiesta de una manera distinta: se escenifican públicamente aspectos de la vida que son a tal punto 'privados' que los que forman el público se cuidarían mucho de abordarlos en el seno mismo de la esfera de la intimidad familiar. De este modo, el espacio público supera hoy el umbral natural de lo que parece digno de comunicación" (Ferry 2005, 21).

En las metamorfosis que brevemente se han reseñado del espacio público, puede observarse una línea de tensión que es el de la razón y sus transfiguraciones, que acaban conduciéndola a su propia difuminación. Y como sombra que acompaña a la razón, se encuentran los procesos comunicativos y, por ende, informativos. Así, se transita de una racionalidad crítica y emancipadora que sabe distinguir los contenidos informativos hacia la uniformización fragmentadora de la opinión pública que frente a los torrentes de información que recibe día a día no alcanza a tener una actitud crítica ante los contenidos informativos que se le ofrecen. La sobreposición continua de información por la vía mediática, como ya se explicó, genera el efecto de un presente perpetuo, pero también facilita la proliferación de información falsa; de hecho, este contexto informativo es el mejor caldo de cultivo para que prospere la industria de la mendacidad, con lo que la difuminación, la confusión y el trastrocamiento de la línea fronteriza entre la verdad y la falsedad prospera. Así, tenemos el panorama de un espacio público fundado en una sociedad mediática sumergida en información que nos mantiene en un presente infiltrado por la falsedad. Este presente ficcional está atravesado por la falsedad que posee verosimilitud. Un presente de esta índole ha cortado los puentes que lo unen estrechamente con el pasado, y una sociedad así, resulta fácil presa de los mecanismos de control social del sistema.

Ante la espesura de este paisaje informativo, nuestro viejo conocido Esopo vuelve a hacer su aparición y con él, ahora sí, viene acompañado el profesional de la información. Un poco anacrónicamente podría decirse que Esopo era el protoprofesional de la información. Como vimos, sostiene una postura imparcial pero crítica respecto a la verdad y la falsedad de la información. Su crítica es ejercida desde la racionalidad

griega. Con esta postura, Esopo en buena medida da la pauta al profesional de la información respecto a cómo ha de encarar el contexto informacional actual, pero este contexto es aún más complejo que el del mundo de la Antigüedad clásica y requiere de otros elementos para encarar la problemática actual, con lo que, de cierta manera, se actualiza la postura de Esopo. Un Esopo a la medida del nuevo espacio público sería un profesional de la información preparado para hacer frente al contexto en el que se encuentra sumergida la sociedad mediática. A los valores que esgrime el fabulista griego, hay que añadirles, por parte de los profesionales de la información, la conciencia histórica y social.

El profesional de la información no vive al margen de la sociedad y, menos aún, de un espacio público cruzado íntegramente por la fuerza mediática. Se encuentra en el centro de la sociedad informatizada mediática. Esto no significa por ello que sea o deba ser de un mero reflejo profesional de ella; es decir, que su actividad profesional no ha de supeditarse en exclusiva a lo que laboralmente se espera de él: sólo una actividad radicada en el acotado ámbito de lo concerniente a la información *per se*, por lo que no se trata sólo de trabajar en todo lo que corresponde al procesamiento de la información para suministrarla a la sociedad, lo que en cierto modo refuerza la sobreabundancia informativa, sino de asumir la conciencia crítica, a la manera de Esopo, de su significación en cuanto verdad y falsedad. Dando el siguiente giro, puede decirse que su competencia cognoscitiva respecto a la información faculta al profesional en este rubro para ir un paso más allá del estado en que se encuentra la sociedad mediática. Para ello, se requiere la conciencia histórica.

Hans-Georg Gadamer, notable discípulo del filósofo alemán Martin Heidegger, desarrolló una aguda reflexión sobre la conciencia histórica, uno de los puntales de su hermenéutica

filosófica. Esta teoría va a contramarcha de la concepción de los historiadores que creen comprender el pasado a partir del contexto donde se encuentran, con lo que juzgan el pasado según los parámetros de su vida cotidiana, sus instituciones, valores y verdades adquiridas. Contra tan limitada concepción, Gadamer postula que la conciencia histórica consiste en tener plena conciencia de la historicidad de todo presente; por tanto, no es la comprensión del pasado a partir del presente, sino que la historicidad, el pasado, que está presente en todas las fibras del presente. Mas para que pueda llevarse a cabo tal conciencia histórica, no es a partir de una instancia gratuita o por una intempestiva epifanía, sino por un comportamiento reflexivo que se llama *interpretación,* como el propio Gadamer lo explica a continuación:

Tener un sentido histórico significa esto: pensar expresamente en el horizonte histórico que es coextensivo con la vida que vivimos y que hemos vivido [...]. La conciencia moderna toma –justamente como "conciencia histórica"– una posición reflexiva en la consideración de todo aquello que es entregado por la tradición. La conciencia histórica no oye más bellamente la voz que le viene del pasado, sino que, reflexionando sobre ella, la reemplaza en el contexto donde ha enraizado, para ver en ella el significado y el valor relativo que le conviene. Este comportamiento reflexivo, cara a cara de la tradición se llama *interpretación* [...]. La interpretación, tal y como nosotros la entendemos hoy, se aplica no sólo a los textos y a la tradición verbal, sino a todo aquello que nos ha sido entregado por la historia [...]. Lo que siempre queremos decir con ello es que el sentido de lo dado que se ofrece a nuestra interpretación no se despliega sin mediación y que es necesario mirar más allá del sentido inmediato para poder descubrir el "verdadero" significado oculto (Gadamer 2000, 43-44).

Por medio de la interpretación de las producciones del pasado, se comprende su omnisciente presencia en el presente, "su verdadero significado oculto". Es de acotar que para Gadamer, entre esas múltiples producciones del pasado que la tradición nos ofrece en el presente, el lenguaje con el que se trasmiten tiene un lugar preponderante. Hay que agregar que el lenguaje vehiculiza información. El profesional de la información que también es un agente social, al asumir la conciencia histórica, lleva a cuestas invariablemente su formación profesional, la cual se engarza con la interpretación del pasado a partir de comprender también la *historicidad de la información.* Así, el pasado que tiene presencia en el presente, para el profesional de este rubro se significa por ser una presencia por vía de la información.

La toma de conciencia de la historicidad de sí mismo y de la información le permite al profesional comprender que la información como producto humano que se desenvuelve en el tiempo configura a las sociedades y da cohesión a las relaciones humanas a lo largo del tiempo: la sobreabundancia informativa del presente está atravesada por el pasado y no es sólo actualización de un presente perpetuo. Esto además permite asumir la profesión como un acontecer histórico que acompaña, interpreta y critica el devenir histórico de la información. La conciencia histórica, al permitir interpretar las producciones del pasado, nos hace comprender su presencia en el presente, lo que repercute en establecer su línea de continuidad con el futuro, con lo que éste deja de ser una mera expansión desbocada y sin objetivos del presente. Este engarce de la conciencia histórica del pasado con el presente extendido hacia el futuro propicia la generación de la conciencia social. Como profesionales de la información, esto significa que al entroncar el pasado con el presente por mediación de la información, se asume a la información

como un factor de reconstitución del presente, y se concibe y usa como una respuesta racional y crítica a la industria de la mendacidad. Esto implica asumir como complemento necesario de la conciencia histórica, la conciencia social.

Al interpretar la historicidad de la información, el profesional puede comprender críticamente la gestación, el desenvolvimiento y el efecto de la falsedad informativa; esto es, comprender cómo se difumina la línea fronteriza entre la verdad y la falsedad informativas para, a la manera de Esopo, volver a restablecer la línea de demarcación y, con ello, tender los puentes con el pasado. Así, se abre la posibilidad de que a través de estos puentes pueda recuperarse la racionalidad para que circule en ellos.

Un profesional de la información con conciencia histórica y social, Jano bifronte que mira simultáneamente hacia el pasado y el futuro, no es o un mero "tratante de información", sino un ser con conciencia crítica en un tiempo de opacidad informativa.

Bibliografía

Abril, Gonzalo. *Teoría general de la información*. Madrid: Cátedra, 1997.

Augé, Marc. *La guerra de los sueños. Ejercicios de etno-ficción*. Barcelona: Gedisa, 1998.

Brentano, Franz. *Sobre el concepto de verdad*. Madrid: Complutense, 2006.

Ferry, Jean-Marc *et al*. *El nuevo espacio público*. México: Gedisa, 2005.

Figuereido, Guilherme. *La zorra y las uvas*. Buenos Aires: Losange, 1955.

Frankfurt, Harry G. *Sobre la verdad*. Barcelona: Paidós, 2007.

Gadamer, Hans-Georg. *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos, 2000.

Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. México: Gustavo Gilli, 1994.

Koselleck, Reinhart. *Crítica y crisis: una crítica sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta, 2007.

Koyré, Alexandre. *Reflexiones sobre la mentira*. Buenos Aires: Leviatán, 2009.

Mitchell, W. J. T. *Teoría de la imagen. Ensayos sobre la representación verbal y visual*. Madrid: Akal, 2009.